

Presentación

La vida de los primeros cristianos interesa. Nos atrae. Posiblemente porque nos hace pensar en los comienzos, cuando todo era nuevo, cuando la iglesia era joven, cuando todo estaba estrenándose, cuando era genuino y puro.

Quizá también porque llevamos algo suyo dentro de nosotros. Porque les consideramos parte de nuestra familia. Les reconocemos como quienes tienen mucho que ver con la esencia misma de la propia alma.

Nos ocurre lo mismo con nuestros orígenes familiares. Es un asunto que nos importa: nuestro apellido, el pueblo, la ciudad de donde provenimos. Nos agrada contemplar los álbumes de fotos de la familia y recordar momentos pasados y a los que ya no están con nosotros. Nos gusta conocer las tradiciones y las historias –divertidas, asombrosas, apasionantes, a veces alguna dura, que nos cuesta aceptar– de los diferentes antepasados. Si no fuera así, nos convertiríamos en personas desarraigadas, que no tienen interés por conocer de dónde vienen y, por tanto, quiénes son. Alguien sin pasado conocido. Sin identidad.

Por eso, conocer a los primeros cristianos nos interesa. Porque forman parte de nuestras raíces. Nos dan solidez y alimento.

El cristiano necesita conocer sus orígenes: los orígenes de su fe y de su Iglesia. No podemos perder ese tesoro maravilloso, nuestras señas de identidad: queremos saber cómo rezaban, cómo trataban a los demás, cómo reaccionaban ante los problemas, etc.

Entendemos y vemos con claridad que tenemos una gran deuda de gratitud con aquellos hermanos nuestros de los primeros siglos; de algún modo fueron héroes, tuvieron mucho mérito, merecen nuestra veneración y agradecimiento: Si somos cristianos hoy, se lo debemos a ellos... a su fidelidad, a su coherencia.

De ahí que sea tan oportuno promover y alentar en nosotros esa actitud de buscar conocerles y amarles. Como dice san Josemaría “me parece tan bien tu devoción por los primeros cristianos, que haré lo posible por fomentarla”¹.

Al explicar la fuerza del mensaje cristiano en esos comienzos, nos damos cuenta –como señalaba san Juan Crisóstomo– de que “nada pudo contener o menguar su empuje: ni la cólera del pueblo, ni la violencia de los tiranos, ni el ataque de los demonios, ni los asesinatos cotidianos. Como un río impetuoso pasaron por encima de todo lo que estaba delante de ellos”².

Su vida era una apuesta en la que se jugaba el destino de la Iglesia y de los hombres. Y fueron fieles. Convirtieron un Imperio. Conformaron con el ejemplo de su empuje la sociedad de entonces y de los siglos posteriores.

El ejemplo de su vida: ahí estuvo la clave. La naturalidad de su día a día, cómo trabajaban, cómo se amaban, cómo ayudaban a los demás, especialmente a los más necesitados. Ese es el secreto de su éxito; por eso consiguieron cambiar una sociedad entera. Este es el tremendo poder transformador del buen ejemplo... Los primeros cristianos no se dedicaron, principalmente, a predicar, no

1. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, 971

2. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre San Juan*, 51.

se dedicaron a adoctrinar, no tenían una estrategia de actuación sociológica, o de control y dominio cultural, religioso, etc. Vivían con total naturalidad la fe en cada minuto de su día y eso hizo que sus vidas llamasen la atención de sus coetáneos, atrajeran como un imán, fueran faro que iluminaba a los demás.

San Juan Crisóstomo explicaba que la fuerza del buen ejemplo es tal que, si de verdad fuéramos coherentes los cristianos, nuestra vida llevaría a los demás a convertirse: “Sobrarían las palabras, si mostrásemos las obras. No habría un solo pagano, si nosotros fuéramos verdaderamente cristianos”³.

¿Realmente tienen algo que decirnos a los cristianos de hoy?

Este es el secreto de los primeros cristianos: vivieron a fondo su fe, con hechos, y eso tiene una fuerza increíblemente poderosa que motiva, que ilusiona y anima a seguir ese mismo camino. Sabían que el fruto principal de su entrega a Cristo se debía manifestar en las obras de su quehacer diario, como concluía san Ignacio de Antioquía en el siglo II: “Por el fruto se conoce al árbol; del mismo modo, los que hacen profesión de pertenecer a Cristo se distinguen por sus obras”⁴.

Por otra parte, se daban cuenta de que el verdadero protagonista de sus vidas era el Espíritu Santo, que les otorgaba una fuerza muy grande, una fuerza distinta, que les ayudaba a ser semilla de santidad, semilla eficaz.

Como ha dicho el papa Francisco, su ejemplo es “como «*dinamita*», capaz de iluminar los corazones y hacer saltar por los aires las resistencias y muros de la duda, el miedo y la comodidad,

3. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre la Epístola a Timoteo*, 10.

4. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, 15.

abriendo nuevos caminos y expandiendo la iglesia, desde Jerusalén e ir más allá de las fronteras de Israel para llegar a las periferias, primero del Imperio romano y luego del mundo entero”⁵.

Los primeros seguidores del cristianismo llevan un estilo de vida que llama la atención. Como dice un cristiano anónimo del siglo II en una carta que escribe a un tal Diogneto: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres (...), sin embargo, se muestran viviendo un tenor de vida admirable, y por confesión de todos sorprendente»⁶. La conducta del cristiano responde, en el siglo I y en el XXI, a unos parámetros que contrastan radicalmente con lo que se vive en la sociedad de su tiempo.

Ciertamente el atractivo de los cristianos está en sus vidas. El verdadero encanto del cristianismo está en la realidad de cada uno de los cristianos: cuidan a los enfermos, se preocupan de los demás; no se divorcian; no abortan y tienen hijos que son aceptados con alegría; se preocupan de sus familias, vecinos, de los necesitados, ancianos y niños; luchan por llevar una vida limpia en un mundo difícil; pagan sus impuestos, son honrados; perdonan a sus enemigos, etc. “Como todos, se casan; como todos, engendran hijos; pero no abandonan a los recién nacidos. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero, con su vida, sobrepasan las leyes”⁷.

Los testimonios de vida cristiana que encontramos entre los primeros creyentes en el Evangelio son impresionantes y tienen un gran valor. Además, conviene tener en cuenta que la ejemplaridad de su conducta ha pasado por un crisol de duras pruebas, entre

5. PAPA FRANCISCO, 29 de mayo 2019

6. CARTA A DIOGNETO, 5

7. CARTA A DIOGNETO, 5

otras, las persecuciones del aparato político imperial, la hostilidad de los intelectuales de la época, las calumnias e infamias y un rechazo social general.

Sus vidas constituyen una prueba inequívoca de su santidad, acreditada como tal por la Iglesia en múltiples ocasiones. Si, con toda razón, dijo Benedicto XVI que “los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia”⁸, la intensidad luminosa de estos primeros seguidores de Jesús supone un incentivo más para que fijemos en ellos nuestra atención.

La coherencia entre su fe y su conducta puede servirnos de guía para superar las barreras de un mundo que margina la verdad cristiana e intenta recluirla en el ámbito de lo personal y lo privado, como ocurre en la actualidad.

Nosotros nos encontramos hoy en un ambiente muy parecido al que vivieron esos primeros hermanos nuestros. Y podremos transformar nuestro mundo postcristiano si vivimos con coherencia nuestra fe, si nuestra existencia diaria refleja, con obras concretas, esa fidelidad de un seguidor de Cristo, que lo es en todo momento –en la familia, en el trabajo, descanso, deporte, etc.–.

El ejemplo de nuestra vida es algo que realmente importa y tiene trascendencia. “Ser” de verdad cristianos, y no solo por tradición, es lo que tiene esa fuerza transformadora de la sociedad. “Que sea cristiano no sólo de nombre, sino también de hecho. Si me porto como cristiano, tendré también derecho a este nombre y, entonces, seré de verdad fiel a Cristo”⁹.

Si eres cristiano y vives como tal, necesariamente influyes. No hables, sé. Vive la fe y arrastrarás... Se necesita la fuerza del testimonio, del testigo, no la actitud del que lleva el nombre de cristiano pero no vive como tal.

8. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 25-XII-2005, nº 40.

9. SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los Romanos*, 3, 1

¿Ser cristiano hoy es arriesgado?

En estos momentos en los que oímos hablar de persecución a los cristianos en tantos lugares del planeta, el ejemplo de los primeros cristianos puede ayudarnos de modo particular. Efectivamente, en el informe –de enero de 2022– sobre libertad religiosa que publica la organización católica Ayuda a la Iglesia Necesitada, el cristianismo es la religión más perseguida en el mundo, con al menos 360 millones de personas discriminadas en 73 países distintos; en 2021 hubo casi 6.000 cristianos asesinados y más de 5.000 ataques a iglesias. Tener presente la referencia del modo de comportarse de los primeros cristianos nos ayuda a afrontar esas circunstancias.

La persecución no es algo nuevo en la historia de la Iglesia. Seguirá sucediendo. Conocer el ejemplo de los que han sabido superar esas situaciones tan adversas, llegando incluso a entregar su vida por mantenerse firmes a su fe, nos puede llenar de fortaleza. A la vez nos debe mover a defender la libertad de esas personas, como lo hicieron los primeros apologistas cristianos, que actuaron con firmeza al denunciar las injusticias que se cometían a su alrededor.

Además, actualmente los primeros cristianos tienen una enorme vigencia, sobre todo a la hora de comprender la cultura en la que vivimos y la relación entre cristianismo y mundo contemporáneo. También existe hoy, en algunos ambientes, un acoso e intento de marginación del cristianismo que permiten calificar –en cierto modo– de “arriesgado” el vivir la fe de manera coherente, no solo en países donde la persecución es abierta y desoladora sino en el ambiente de países de honda raíz cristiana. Y de ahí precisamente nace la enorme actualidad de los primeros cristianos, que vivieron una situación socio-cultural parecida y afrontaron con toda naturalidad sus riesgos.

¿Cómo podemos conocerles mejor?

Un camino magnífico para acercarnos a ellos es la lectura atenta de los Hechos de los Apóstoles, verdadera joya en la que san Lucas nos relata el nacimiento de la Iglesia, los comienzos de la expansión y la maravillosa actuación del Espíritu Santo, auténtico protagonista del libro. Nos pasmaremos con los milagros, la fuerza de la predicación de san Pedro y de san Pablo, el germen de las primeras comunidades y su modo de vida: “Perseveraban todos en la doctrina de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan, y en las oraciones”¹⁰.

A la vez, conviene conocer lo que los cristianos de los primeros siglos nos han dejado en sus escritos (textos de los primeros escritores del cristianismo y de los Padres de la Iglesia) y que tienen ese frescor de la joven Iglesia naciente. Nos ayudará mucho viajar a los comienzos, conocer lo que dijeron y escribieron esos cristianos de las primeras horas.

Esto es lo que se propone este libro: facilitar ese viaje en el tiempo, acercarnos a los orígenes de la Iglesia. Aproximarnos a aquellos que constituyen los primeros eslabones de esta fabulosa cadena que a lo largo de la historia va transformando el mundo: eslabones fuertes y sólidos, que continúan sosteniéndonos a los cristianos de hoy.

Se pretende en estas páginas que los primeros escritores cristianos hablen directamente al lector, y que este diálogo sea enriquecedor para quien lo mantenga con ánimo abierto y oído atento. Se trata de poner al alcance de los lectores algunos de los tesoros que se encuentran en sus escritos, y que no son fácilmente conocidos por quienes no son especialistas. Si resultan accesibles a un público

10. *Hechos de los Apóstoles*, 2,42

más amplio se conseguirá que todos podamos acercarnos y familiarizarnos con ellos.

El libro presenta una recopilación de textos significativos de la antigüedad cristiana que tienen un especial atractivo porque permiten captar el mensaje cristiano en sus fuentes originarias. Conservan el sabor de la primitiva cristiandad. Viajamos a los tiempos del nacimiento de la Iglesia.

Estos textos son de valor perenne para los cristianos de todos los tiempos que quieran vivir su fe en la fidelidad que nos enseñaron los primeros seguidores de Cristo. Es muy interesante comprobar que las verdades de fe expuestas hoy en nuestras iglesias coinciden con la palabra de Dios tal como la transmitieron, en los primeros siglos, aquellos sucesores de los apóstoles.

Nos ayuda mucho escucharles, aprender sus lecciones, percibir ese eco que continúa resonando; meditar lo que escribieron y escuchar lo que nos dicen con sus vidas. Dejarnos iluminar por su ejemplo. De este modo podremos incorporar a nuestra vida lo que vemos en la suya: su normalidad, la caridad con que se trataban, así como el afán de contagiar la fe a otras personas.

En la iglesia inicial no había espectadores; el 100 % de las personas eran protagonistas del anuncio del Evangelio de Jesús. Cada bautizado era un apóstol. La pasividad no era una opción. Si alguien quería vivir “tranquilo” este no era su sitio... Como decía Benedicto XVI, en su encíclica sobre la esperanza, “el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento (...), sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida”¹¹.

La ejemplaridad en vivir las virtudes cristianas, sobre todo la caridad, tenía sin duda una gran fuerza de atracción, que era detectada por los paganos. A ella alude Tertuliano en su célebre

11. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 2

Apologeticum cuando escribe: “Pero es precisamente esta eficacia del amor entre nosotros, lo que nos atrae el odio de algunos, pues dicen «Mirad cómo se aman...»¹².”

Al meditar sobre la vida de los primeros cristianos, podemos examinar si nuestra conducta personal refleja el ejemplo que nos dieron –a veces llegando hasta el martirio–; si pueden aplicarse a cada uno de nosotros las palabras que acerca de ellos se escribieron: “Lo que es el alma para el cuerpo eso son los cristianos para el mundo”¹³. Nuestra misión en la sociedad es impregnarla del espíritu de Cristo, ayudar a nuestros contemporáneos a descubrir que solo Él puede dar sentido pleno a su existencia.

Conocer mejor los orígenes del cristianismo y de la Antigüedad cristiana siempre resulta fascinante. La vuelta a las fuentes significa no perder de vista el horizonte de lo originario. La fuente se convierte así en manantial, que mana ininterrumpidamente.

Seguir el ejemplo de los primeros cristianos nos llevará a ser mujeres y hombres que, con su vida ordinaria, consiguen cosas verdaderamente extraordinarias.

¿Qué nos pueden sugerir unos textos de escritores tan alejados de nosotros en el tiempo?

En las páginas de este libro se incluyen textos de los Padres Apostólicos y los escritores de finales del siglo I y de la primera mitad del siglo II (san Clemente de Roma, san Ignacio de Antioquía, san Policarpo de Esmirna...), que son verdaderos testigos de los comienzos, ya que conectan directamente con los tiempos de los Apóstoles. Los Padres y apologetas de los siglos II y III, que fue-

12. TERTULIANO, *Apologeticum*, XXXIX, 1-7

13. *Epístola a Diogneto*, VI,1

ron auténticos defensores de la fe, ante las duras persecuciones (san Justino, Atenágoras, Teófilo de Antioquía...) y ante la aparición de las primeras herejías (san Ireneo de Lyon, Orígenes, Clemente de Alejandría, Tertuliano, san Cipriano de Cartago...). Y termina con los grandes Padres de Oriente y de Occidente del siglo IV y de la primera mitad del V; concretamente llega hasta san Agustín de Hipona (354-430).

No se les puede pedir a estos autores, en cada materia, las precisiones terminológicas y conceptuales que con el tiempo llegarían. Ellos hablaron a sus contemporáneos en el idioma de su propia cultura, que era el que podían entender. Por eso, al leer estos párrafos, conviene ponerse en la situación de las personas a las que iban dirigidas esas palabras.

También se recogen numerosos textos de las catequesis que Benedicto XVI impartió en el año 2007, sobre las figuras del cristianismo primitivo, los padres apostólicos y algunos padres de la Iglesia. Lógicamente estas intervenciones constituyen una parte destacada de este libro.

El cariño y la veneración con que el papa Francisco habla, con frecuencia, de los primeros cristianos, nos hace considerar la importancia que tiene, para nosotros, el ejemplo de estos hombres y mujeres que realmente gastaron su vida por el Evangelio.

Asimismo se incluyen algunos comentarios y citas de diversos autores, actuales y de diversas épocas, relativos a la vida de los primeros cristianos y a su ejemplo, que pueden servir al lector para valorarlos con más profundidad.

En cuanto a los autores que se citan, se puede encontrar en el comienzo del libro una “relación cronológica”, para que el lector pueda situarlos en el tiempo con más facilidad.

En las páginas finales se recoge una breve “*información biográfica*” sobre cada uno de ellos, de modo que se pueda conocerlos mejor y hacerse cargo de las circunstancias que rodearon su vida.

En los textos seleccionados se han resaltado en negrita algunas palabras para facilitar al lector centrar la atención en esas ideas. Habitualmente son sencillos y de fácil comprensión, pero hay algunos a los que merece la pena dedicarles un poco más de tiempo y esfuerzo para pensar en ellos más despacio. Dentro de cada capítulo los textos respetan el orden de antigüedad para facilitar la comprensión de sus contenidos.